

IV CONCURSO LITERARIO ISP 8 "ALEJANDRA IRONICI" 2026

REESCRIBIR EL AMOR, RENOMBRAR
LA LIBERTAD
A 50 AÑOS DEL GOLPE, DICTADURA
NUNCA MÁS

POEMAS GANADORES 2026



FLORECIERON POEMAS...

concursoliterarioisp8@gmail.com

ÍNDICE

<i>“Un lápiz también pesa”</i> por Ignacio Cárdenas	pág. 3
<i>“El Lolo y la Laia”</i> por Federico Rodríguez	pág. 8
<i>“Espectáculo de sombras”</i> por Joaquín Burna	pág. 14
<i>“Chancha con cadenas”</i> por Facundo Chazarreta	pág. 19
<i>“Menguante”</i> por Octavio Monti	pág. 23
<i>“El río”</i> por Delfina Pelater	pág. 24

Un lápiz también pesa

Por Ignacio Cárdenas

Repiten, repiten, repiten:

“Un lápiz pesa menos que una pala”.

Lo repiten como quien no escucha,

como quien no ha sentido nunca

el temblor en la muñeca

ni el crujir del día en los huesos.

Ecos huecos.

Palabras livianas

que jamás cargaron su propio significado.

Pero

¿quién se inclinó a preguntar, de verdad,

cuánto pesa arrastrar un lápiz

cuando el cuerpo ya viene gastado?

¿Quién midió el espesor de los años

cuando se vuelven hojas,

cuando se apilan,

cuando crujen como otoño en la espalda?

Hay manos que no eligen.

Hay manos que nacen partidas:

con la derecha sostienen el lápiz,

con la izquierda sostienen la vida,

y en el medio, latiendo,

una grieta.

Estudiar y trabajar.

Trabajar y estudiar.

Anáfora de la supervivencia.

Dos filos mordiéndose la misma carne.

No es pala o lápiz.

Es pala y lápiz.

Es cuerpo.

Es desgaste.

Es territorio sitiado.

¿Cuánto pesa

elegir entre el pan tibio

y el papel en blanco que exige ser llenado?

¿Cuánto pesa

la tinta derramándose en las ojeras

como un río oscuro que no descansa?

¿Cuánto pesan

las noches que no duermen,

las noches que no sueñan,

las noches que velan apuntes

como quien vela un nombre,

como quien vela un cuerpo que ya no responde?

El lápiz no camina solo.

Nunca estuvo solo.

Lo escolta el insomnio con pasos blandos,
lo abriga el mal sueño como una fiebre húmeda,
lo empuja un tic-tac
afilado, insistente,
que muerde los tobillos del tiempo.

Un reloj que no marca la hora:
marca la prisa,
marca el vértigo,
marca el pulso agitado de ser medido,
de ser reducido a un número
que no conoce la historia del cansancio.

Nos dijeron: aprueba.

Nos dijeron: repite.

Nos dijeron: devuelve.

Nos dijeron, nos dijeron, nos dijeron...

Pero nunca: respira.

Nunca: habita.

Nunca: comprende.

Como si el saber fuera un espejo limpio
y no una herida abierta.

Como si aprender no fuera también sangrar en silencio.

¿Alguien pesó esa herida?

¿Alguien sostuvo ese silencio en la palma?

Pesa aprobar

con el pecho vuelto piedra,

con el aire quebrado en la garganta.

Pesa aprobar

mientras el cuerpo grita basta

en idiomas que nadie traduce,

en lenguas que no figuran en ningún programa.

La pala escribe su historia en la espalda:

caligrafía áspera de ampolla y músculo,

surcos que arden bajo el sol.

El lápiz escribe la suya hacia adentro:

en el pecho,

en la sien,

en ese rincón donde el aire no llega

y el pensamiento se vuelve niebla.

Daña sin marca.

Duele sin sangre.

Quema sin fuego visible.

Y quizás duele más,

mucho más,

porque no deja huella

donde otros puedan mirar.

Ser estudiante

no es la ausencia del hacer.

Ser estudiante

no es liviandad ni pausa.

Ser estudiante

es la presencia obstinada del peso.

Es cargar un lápiz

como quien carga una piedra antigua,

como quien carga una historia que no eligió.

Es escribir

mientras en el grafito viajan,

apretados, silenciosos,

el hambre,

el trabajo,

el miedo,

y esa esperanza terca, mínima, luminosa,

que insiste,

que resiste,

que no se suelta.

El Lolo y la Laia

Por Federico Rodríguez

Pensé que no lloré lo suficiente,
camuflé el dolor haciéndome el fuerte,
pero hay recuerdos que golpean diferente
cuando la noche cae y el silencio se hace presente.
Porque el dolor no siempre entra gritando,
a veces llega despacio, caminando, esperando.
Y recién hoy, solo frente a esta pantalla encendida,
entiendo que los extraño más de lo que creía.
Pero cuando pienso en ustedes no aparece primero la tristeza;
aparecen las cosas simples, las que generan más belleza,
esas que uno no valora hasta que la vida las aleja.
La casa de mi laia en invierno parecía verano,
abrías la puerta y el calor te abrazaba y tomaba de la mano.
Siempre había olor a comida,
un cúmulo de platos sobre la mesa de la cocina,
y alguna charla larga que terminaba siendo rutina.
Los caramelos de miel, las toallas que ella bordaba,
el árbol de mandarina donde la orquídea colgaba.
Las migas en el patio para que los gorriones bajasen a comer...
gestos cotidianos que solo la laia podía ofrecer.

Mi laia nos amaba de una forma difícil de explicar,
de esas que hacen sentir hogar con solo mirar,
un amor que se notaba sin tener que hablar,
y que en los cuatro nietos se podía reflejar.

Todavía me acuerdo cuando nos cantaba en alemán,
el Tross Tross Trille nos hacía subir y bajar.

Sentados en su regazo, de las manos nos sujetaba,
para tirarnos de espalda y reír a carcajadas.

Y cómo se reía... Dios mío, cómo se reía esa mujer.

Se tentaba hasta quedarse sin aire, sin poder responder.

Uno piensa de chico que esas tardes van a ser eternas,
hasta que el tiempo pasa y la ausencia te golpea en las piernas.

Las milanesas siempre salían más chicas de lo normal,
pero el cariño que tenían no entraba ni en la mesa familiar.

La ensalada de frutas aparecía, aunque no se la pidiera,
y la lengua a la vinagreta esperaba cuando venía familia de afuera.

Ella preguntaba todos los días cómo me fue trabajando:
“si hay trabajo no hay que quejarse”, me repetía charlando.

Y yo contestaba sin pensar demasiado en la escena,
sin saber que un día iba a extrañar escuchar esos lemas.

Mi laia eran las cartas escritas a mano,
los abrazos eternos, los besos exagerados.

Era las moras y la máquina de coser,
y decirle “bicho” a mi abuelo después de tantos años de querer.

Y mi Lolo...

Mi Lolo era acompañar.

Acompañar sin decirlo, sin hacerse notar,
como hacen las personas que nacieron para estar.

Porque cuando pienso en él, después de tanto vivido,
entiendo que hay personas que te cuidan sin hacer ruido.

Mi Lolo era bicicleta, vereda y movimiento,
más de ochenta años y seguía pedaleando contra el viento.

La bicicleta verde oscuro parecía parte de su cuerpo,
como si arriba de ella el tiempo pasara más lento.

Qué triste el día que se la robaron haciendo un mandado,
creo que pocas veces lo vi tan desanimado.

No era solo una bici lo que le habían sacado,
era su libertad, su manera de ir a todos lados.

El lolo era salir de la escuela y encontrar la merienda preparada,
mate cocido en jarrones y una charla improvisada.

Masitas de agua con membrillo sobre la mesa servida,
y esas tardes enteras jugando fueron parte de mi vida.

Truco, chin chón, yenga, la casita robada...

él competía de verdad, no regalaba nada.

Mientras mi hermana llenaba hojas dibujando tranquila,
yo miraba películas con él mientras mi abuela se dormía.

Nuestra infancia fue esa casa.

Fue el patio, la vereda y las persianas bajas.

Fue mirar autos pasar, hablando cualquier pavada,
y entender ya de grande, que ahí no nos faltaba nada.
Y después crecí...
cambiaron los horarios, cambió la escuela, cambió la rutina,
pero aparecieron los mates y empezó otra etapa en mi vida.
Yo llegaba tarde, después del horario acordado,
y preguntaba “¿ya tomaste?” medio culpable, medio cansado.
Él me decía que sí, con tono serio, medio enojado,
pero igual calentaba el agua al sentirse presionado.
Sacaba el termo Lumilagro de vidrio transparente,
el matecito de algarrobo, la azucarera de siempre.
El repasador en el hombro, la mesita en la vereda,
y el sol bajando lento detrás de la arboleda.
Nunca entendí cómo podía quemar,
desde la lengua hasta el paladar,
pero unos mates más ricos no me puedo imaginar.
Porque con el Lolo nunca fue tomar por tomar,
era cruzar miradas y sentarse a charlar.
Y sí...
fue él quien me dejó esta costumbre tan mía,
la de arreglar un mal día con agua caliente y compañía.
Es armonía. Es charla. Es memoria cebada.
Es sentarme solo y aun así sentir que algo me acompaña.

Mirá si será importante lo que me dejó en realidad,
que hasta el mate terminó formando parte de mi identidad.
Mi abuelo era fundamentalista de la mandarina,
siempre después de comer alguna fruta aparecía.
Nadie le sacaba esa costumbre tan divina,
aunque más que de religiones era un hombre de rutinas.
Todavía me acuerdo de esos recorridos en bicicleta,
mi hermana adelante y yo atrás siguiendo la propuesta.
Íbamos por la costanera, doblábamos llegando al faro,
y la parada en el ombú que era un clásico reparo.
Entre las raíces del ombú pasaba el tiempo volando,
esquivando acantilados que yo iba imaginando.
Cerca de allí, en un gran cactus ellos se agrupaban,
y con mucho cuidado sus tunas cortaban.
En las navidades él nos acompañaba a esperar a Papá Noel,
dando vueltas a la manzana hasta tres veces también.
Caminaba a nuestro paso, cuidándonos con la mirada,
estirando la magia de la noche para que no se apague nada.
Y hoy que ya no están, me pasa esta locura...
el día a día me corre, la rutina me apura,
pero cada vez que freno un segundo y vuelvo al pasado
entiendo la suerte enorme de haberlos tenido a mi lado.
Porque ustedes siguen apareciendo en cosas chicas todavía:
en una calandria en el patio, en una mandarina al mediodía,

en una carta escrita a mano o en una sobremesa larga,
en un abrazo sincero que el recuerdo me descarga.
Y aunque el mundo siga avanzando como si nada cambi6,
yo sigo encontr6ndolos en todo lo que qued6.
En esa forma tan simple pero inmensa de amar,
y en lo hermoso que puede ser simplemente acompa1ar.

Espectáculo de sombras

Por Joaquín Burna

En el corazón de la profusa noche,
bajo el manto sin estrellas
del lóbrego octubre,
un álgido vendaval se cernía
sobre aquella inhabitada foresta.

Nueve peregrinos reposaban
alrededor de una fogata tenue,
de luminosidad única fuente.
Abúlicos y desafilados estaban.
Ningún vocablo sus labios cruzaba.

Mudo era ese momento.
Ni grillos, ni búhos, ni lobos ni víboras;
solo una fría ventisca
y la crepitación del fuego
con el chirriante sonido
de sus inocuas brasas.
Era como una melodía:
cada dos segundos

las delicadas ascuas
entonaban un sonoro crujido
que endulzaba ese amargo mutismo.

Cada uno de los viajeros
sumido en sus pensamientos estaba.
Zambullidos se encontraban
en el lugar que soñaban:
en un fastuoso palacio,
en una cálida cabaña
y durante atardecer en un prado.
Pero la afasia
era lo único declarado.

Con cada minuto que pasaba,
el enclenque carníface
cada vez más menguaba.

Súbitamente, unas risas interrumpieron
aquel bullicioso silencio.
Parecían originarse en el oeste del soto.

Por la curiosidad derrotados,
los aventureros se levantaron

y en busca de esas extrañas carcajadas
en medio de la noche se embarcaron.

Corrieron y trotaron
con dificultad en lo profundo y espeso
de las entrañas del arbolado.

Con una cueva se encontraron.
Alrededor de una lumbre animosa
se hallaban unas extrañas figuras.
Habitaban la forma humana,
pero su anatomía desafiaba
cuanta ley natural
los hombres conocían.
Ni volumen ni rostro poseían
Su negrura la luz devoraba.
Eran ecos de carne mortal
reflejados en la pared de la caverna
por aquella fornida refulgencia.
Así, los principios del mundo
flaqueaban ante la piedra.

Las penumbras festejaban.
Entre risotadas, aplausos y cantos,

bailaban en círculo
alrededor de la hoguera.
Era un espectáculo de sombras.
Por la asombrosa obra
hechizados los espectadores estaban.

Una de las actrices de aquella escena
a unirse los invitó.
Los viajeros, con miedo, dudaron;
pero la calidez y la vehemencia
de ese festín a aceptar los instigaron.

El primero tocó la mano de la criatura
y, de forma impetuosa,
se convirtió en una sombra.
Le siguió el segundo, luego el tercero.
el cuarto, el quinto, el sexto,
el séptimo y el octavo,
hasta que quedó solo el noveno.

Este último
envuelto en aprensión estaba.
Las figuras lo llamaron, punzantes,
al oído susurrándole agudamente.

La súplica se volvió una orden.
Con frenesí se fugó el hombre.
Corrió y corrió,
pero los seres lo acorralaron.
Estaba por ser atrapado.
Hasta que, de repente,
la llama moribunda
de la fogata de los exploradores
se extinguió.
Todo se esfumó.

Despertó
El peregrino despertó.
“¿Qué había sido eso?
¿Había sido un evento ilusorio?
¿Había sido un verosímil acontecimiento?”
se preguntaba tácitamente.
Se encontraba en un prado
en el punto más alto
de un acantilado.
En aquel valle el atardecer bañaba
las flores y las hierbas
con su anaranjada refulgencia.

Chancha con cadenas

Por Facundo Chazarreta

Santa Fe, Martes X de 19XX.

"Un empleado ferroviario halló el cuerpo de un hombre de 80 años en un local abandonado en la estación MXXXX. La fiscalía investiga de un posible homicidio pero no se descarta un suicidi debido a una carta de despedida, de título borroso "Chan[cha con cad]enas"..."*

Hoy oí
metales chirriando en los riales,
una espía que expía
mis pecados
en este asentamiento real.

¿Muge o ruge?
Se habla de ella en el puterío barrial.

No viene por mis bienes,
viene por mis yerros,

por mis hechos,

por infringir,

por infligir.

A la imprudencia no la echo:

me absolvieron,

pero no me absorbe.

Militar y militante.

De caza por las casas,

en las calles.

Lección en lesión, moral mortal.

Deber es deber:

házlo y calla.

Que no revele nada

Que nadie se rebele.

Nada de evitar.

Solo omitir,

omitir,

omitir.

La boca coser

o te van a cocer.

Deber es deber.

Ahora les debo.

Por los arrojos en los arroyos,
cientos y cientos de arrojos.

No siento nada por esos hijos de puta.

No me raya,
no me rallan.

Pero caben sombras que en mí cavan:
sollozos, griterío
que nunca se callan.

Por vil, por gil,
afuera de esta tienda abandonada,
me busca la mala suerte,
la muerte.

Con gruñidos y rechinadas,
herradas, armada,
precisa, sin errar,
me halla.

Y al más allá iré.

En los asuntos de los difuntos

hoy soy tributo,
hoy soy presa
de la noche y de mis transgresiones.
Mañana habrá vitoreo en la prensa.

Porque me vestí de rojo como el diablo,
por su sangre,
por su bandera.

No soy más que maldad y fealdad
y mi muerte llevará el nombre:

De Memoria,
Verdad
y Justicia.

OXXXX, FXXXXXX (19XX, XX de Enero). Hallazgo sin vida de un ex miembro de las fuerzas armadas, un prófugo de la Justicia. Diario Darío Dedeado.

Menguante

Por Octavio Monti

El manso modo en que mi viejo se acuesta en el asiento reclinado del auto,
una siesta bajo la sombra menguante del sauce llorón para poder seguir viaje.

El río

Por Delfina Pelater

Te dispones a mi mirada.

Mi cuerpo danza alrededor de pensar

en la curva de la letra cursiva

con la que trazo nuestra historia.

Obnubilada por la noche,

reescribo mi nombre

cerquita, al lado del tuyo,

como extensión de mi deseo.

¿Qué será de las lesbianas

y la lengua, y las palabras?

Catapulta de amores

y de manos entrelazadas.

Bocas, lenguas y besos,

adjetivos pronunciados

en voz alta, en susurros,

en el corazón de lo público,

en la intimidad de nuestra cama.

¿Cómo ordenar la poesía
si escribo lo que me brota?
Tan natural como el río
y su corriente, que aumenta
cuando vos te acercás.

Quiero hacer un puente
metafórico, entre ambas.
verdadero: quebrar la espalda,
elevarme encima tuyo,
que me pases por encima.

Quiero saber del calor de tu abrazo
antes de dormir,
y la vorágine de tu incendio
antes de rendirnos ante la luna.

Quiero saber de la luz del día
acostada al lado tuyo
otro amanecer de otoño,
te quiero.

¡FELICITACIONES!